

85

LOS VERSOS DE CORDELIA

Dinosaurios de Pelo Rosa



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, octubre de 2023

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia



facebook.com/reinodecordelia





www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques
 y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Amanda Sorokin, 2023

Prólogo: © Luis Alberto de Cuenca y Prado, 2023

IBIC: DCF | Thema: DCF

ISBN: 978-84-19124-69-2

Depósito legal: M-30587-2023

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Dinosaurios de Pelo Rosa

Amanda Sorokin

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca



Índice

Prólogo, por LUIS ALBERTO DE CUENCA	9
Dinosaurios de pelo rosa	13
<i>Horror vacui</i>	13
Salamanca-Coventry, septiembre 2015	15
La Sirena Verde	17
Les Éclaireurs	19
Otoño en Toledo	21
Tabú	23
Sol de desasosiego I	27
Sol de desasosiego II	29
La imposibilidad	31
<i>Personae</i>	33
<i>Fabulor, -aris, -ari, -atus sum</i>	35
Radiografía de un gemido	37
Tradición oral	39
Otra vez primavera	41
Meteorito	43
La llamada	45
Mirador	47

Sobre los tres estados de la materia	49
La forma	51
<i>Sur les bancs publics</i>	53
<i>La grande bellezza</i>	55
<i>Semihiante labello</i>	57
Geometría efímera	59
De cuando Lucas fumaba	61
La extraña cita	63
Románicas	65
<i>Hic sunt dracones</i>	67
<i>Ad kalendas graecas</i>	69
He atravesado tu puerta como quien cruza un espejo	71
Antropofagia VII o los huesos de Jorge	73
Cilicio involuntario	75
Hoy, uno de noviembre en Salamanca	77
<i>Vivere cauto, vivere pericoloso</i>	79
Una mañana entera para salir del sueño	81
El último ídolo	83
Sigues llamándote Miguel	85
Penélope	87
Eritema	89
Cuenta atrás	91
Claro que puedo culpar a la tierra	93
<i>Canja de galinha</i>	95
<i>Acta est fabula</i>	97
Aclaraciones y dedicatoria	99

Prólogo

Luis Alberto de Cuenca
Real Academia de la Historia

AMANDA SOROKIN es heterónimo de una joven poeta salmantina a quien conocí a través de un vídeo colgado en el canal de YouTube por mi buen amigo Vicente Velasco Montoya, propietario de la librería La Montaña Mágica, de Cartagena. Fue un siete de febrero de 2022. En aquella ocasión Amanda recitaba tan solo versos míos, por lo que no pude adentrarme en su poesía hasta que terminé de ver y escuchar aquel vídeo iniciático, razón remota de la existencia de estas líneas. Cuando terminó el vídeo en el que Amanda leyó un buen número de mis versos, acudí presuroso a Google y me encontré con el mundo poético de mi recitadora, que me interesó mucho. Me puse en contacto con ella, le agradecí su espléndido recital de La

Montaña Mágica, le comenté cuánto me había interesado su poesía, hablamos de lo divino y de lo humano, nos hicimos amigos. De esa amistad surgiría con el tiempo este libro que tienes en las manos, lector, inmaculadamente publicado por Reino de Cordelia.

Desde el momento en que Amanda me entregó una copia de un libro suyo inédito que acababa de escribir y que leí en seguida, con un interés que fue creciendo con la lectura, supe que ese libro llevaría un prólogo de mi cosecha. Los dinosaurios siempre han sido uno de mis temas favoritos —como bien sabe otra amiga mía y excelente poeta, la sevillana Victoria León, con la que tantas veces he circulado por el Mesozoico, entre helechos gigantes—, y no me podía permitir que se me escapara, en mi vorágine de prólogos, uno que figurase al frente de un poemario titulado *Dinosaurios de pelo rosa*. Le pasé el libro a mi camarada Jesús Egido Salazar, propietario de Reino de Cordelia, y este aceptó su publicación de inmediato en la colección «Los versos de Cordelia».

El libro que estoy prologando es un cancionero amoroso, como el de Petrarca, el de Bécquer o el de Salinas. Pero

está enmascarado por una retórica que hace que parezca otra cosa: una investigación sobre el lenguaje poético trufado de vanguardismo. Pero, ¡atención!, de un vanguardismo que no mancha el papel con imágenes arbitrarias, sino con todo un mundo de sensaciones íntimas que se tornan fantásticas, reñidas con la realidad, extravagantes (en el mejor sentido de la palabra), irónicas a veces, crípticas otras, pero siempre expresadas con autenticidad por parte de la autora. La impresión que recibe el lector a la hora de valorar lo que está leyendo es que aquello que urde Amanda para explicarnos y explicarse a sí misma lo que ha pasado, lo que aún está pasando, en su vida amorosa, alberga elementos que permiten no dudar de su sinceridad, tanto en la celebración como en la pérdida. Y es esa sinceridad lo que atrae más cuando se reconoce en la lectura, lo que conmueve al asendereado lector que, sin música de ninguna clase (salvo la del alma y la de las esferas, que siempre están ahí), recorre con la autora las diferentes estaciones de su viacrucis particular, de la historia de amor desarrollada en los cuarenta y dos poemas que la componen.

Amanda Sorokin ha conseguido, antes de ingresar en la treintena, configurar una voz diferente, personal, única, una voz que no se confunde con ninguna otra. Sus dinosaurios no solo protagonizan sus sueños, sino también asisten como testigos de excepción al ballet de sombras chinescas que se marca la autora con su o sus misteriosos pretendidos o pretendientes. No tengo la menor duda de que lo que cuenta *Dinosaurios de pelo rosa* es algo muy parecido a lo que Bécquer, Salinas o Petrarca contaron en sus respectivos cancioneros. Desde que Safo inventó el amor en tiempos de Maricastaña, allá por el siglo VII antes de Cristo, resulta muy difícil sustraerse a su embrujo. Una excelente muestra de la dificultad que tiene el ser humano para soslayar la materia amorosa es este libro de Sorokin, enésima demostración de cómo Eros es capaz, por decirlo con Alighieri, de «mover el sol y las demás estrellas» sin despeinarse.

Madrid, 1 de julio de 2023

Horror vacui

ESTOY EN EDAD de explotar la imprudencia.
Se me ha concedido el don efímero de la temeridad
y lo disfruto en la medida en que la educación me lo permite,
aunque lo mío sean las maldades pequeñas, las frugales transgresiones.
En esta inmortalidad que me invento (sin asomos de mala conciencia)
conozco un único miedo
y en él me reconozco como un animal inválido:
que más allá, simplemente, no haya nada.
Que el lenguaje resulte finito.
Que un día terminemos de escarbar en las etimologías
igual que pueden contarse todos los granos de arena que existen en la Tierra
en este instante preciso
(aunque fuese ardua la tarea, e infructuosa).
Que más allá

no haya nada.

Que los milagros cotidianos,
la creatividad deliciosa de lo fortuito,
el brillo inefable de una voz
se parezcan demasiado a una metáfora,
y tras el manto de Belleza
no haya nada, ni siquiera las virutas de una imaginación perversa
[y envidiable.

Comprender un día que, si la realidad supera siempre a la literatura,
es solo porque no nos atrevemos a imitar de verdad a la vida
por si lo conseguimos.

Salamanca-Coventry, septiembre 2015

ME GUSTA LA VOZ de los pilotos de avión,
que solo se manifiesta cuando los cuerpos estallan
en nubes de porvenir,
un viaje de las figuras hacia lo simbólico.

Que callen por un momento los sonidos del mundo
mientras dura este vuelo regular.
Silencio,
que solo resuene el latido de los días que me esperan.
Que sigan vibrando los maltratados tímpanos,
que me duela la cabeza si eso anuncia lo desconocido.

Confundo las turbulencias con esta marea
de tormenta, un renglón torcido apasionante,

será quizás este año cuando elija mis batallas
o empiece a sospechar, al menos, a qué van a parecerse
mis grandes causas y preguntas.

Ahora espero nuevos soles. Dar otro sentido al movimiento.
Verte pasar
como a un dinosaurio azul entre los rascacielos.
Y dejar que todo arda sabiéndome fuera,
floreced desde los pies hasta el desmayo.

Nadie me esperará en casa.
Pero los monstruos están lejos.

La Sirena Verde

HABLEMOS de navajas
que nos cortaron el cuello,
del rabioso subjuntivo
y de estómagos sensibles.
Cuéntame cosas, amigo,
quiero aprender a escribir
y hoy no tengo sueño.
He venido sin cartera y en vaqueros,
no me ducho desde por la mañana,
¿Para qué más? Hoy me dejo invitar a vino blanco,
te diré cada bobada que se me ocurra.
De verdad: te las regalo todas.
Estoy resituando cuidadosa
los andamios de mi propia historia.

Para mí, Lisboa es un mal verano
y ese sol lloroso de cebolla.
Así que límpiate los dedos y los hospitales,
hablemos del doctor Freud
y la soledad de las pelucas,
pulpos gigantes de Lovecraft
y los mitos que tontamente derribamos.
Y luego nos vamos por Chueca;
Madrid no es tu ciudad, tampoco la mía,
Fuencarral de noche me da dolor de espalda
y hace años que duermo con horario infantil.
Tu hotel y mi metro están muy cerca.
Vamos a soñar con quienes no nos amaron,
con narcisos y otras flores,
con los nombres que nos vienen de fuera.
Y cuando cojas el tren mañana
y yo me esté dedicando a las transcripciones fonéticas,
pensaremos en taxistas sin orejas
y esta noche de verbos desubicados
que abrazaron las luces de la Gran Vía
como verdes cantos de sirenas.

Les Éclaireurs

SE EXTIENDE ante nosotros un futuro estrecho y sin farolas,
como el pasillo de un avión quejumbroso.
Veo que seguiremos viviendo el único camino posible
y muriendo de nuestros aciertos,
que no vas a salir corriendo
ni yo voy a ser tu Eco
ni hará falta que te lllore en la fuente de Venus
desenredándome el pelo entre embarazosas ninfas.
No hará falta, porque me vas a querer igual
aunque yo te quiera más
que nadie
y parezca que no hay más
que unos metros adelante,

con las largas encendidas
o el Faro Les Éclaireurs en Tierra de Fuego.

En fin, que no se ve casi nada
pero esto va a ser largo.

Otoño en Toledo

HACE UN SEGUNDO o veinte años que tengo frío.

Tirito

como los rinocerontes en la selva de tu hijo.

Y un taladro me ha volado la cabeza.

Veo otra calle delgada como yo

y mil tiendas de recuerdos a la vez, que se replican
como en espejos enfrentados y rotos.

Nada más veo, solo esto que describo,

un taladro atronador

en la burbuja del sueño.

Y pienso que a veces el amor es eso:

una broca reventando la materia,

un huequito en la pared al que asomarse
y admirar desde tu lado cada uno de los futuribles.

Aunque se clave y duela en toda su largura
y nos rompa literariamente los huesos.

Tabú

Las ciudades no existen, pero hablamos de ellas

BENJAMÍN PRADO

Ó mágoa revisitada, Lisboa de outrora de hoje!

ÁLVARO DE CAMPOS

ME PROPUSE evitar la palabra «ciudad».

Aparece en demasiados poemas y demasiadas canciones.

Llevo meses buscando por la sierra de Madrid un nuevo sistema expresivo, un imaginario no menos mío que escape de la palabra «ciudad».

Con el tiempo he entendido que los cuerpos son ciudades, con sus ríos, sus farolas y su capital;

que a su vez las ciudades sean cuerpos no lo tengo tan claro.

Pese a ser sistemas orgánicos, perfectas cosmogonías.

También tengo problemas con la palabra «cicatriz».

Abre cualquier poemario del ala menos ambiciosa de nuestras bibliotecas, te topará enseguida con alguna cicatriz.

También en muchísimas canciones.

«Días curando cicatrices», «Me han crecido alas en las cicatrices»,

«Yo no quiero besar tu cicatriz».

La cicatriz es un universal lingüístico.

Un signo básico: aquí pasó algo.

Yo tengo una en la rodilla, muy larga y con forma de paramécio,
recuerdo de una tuberculosis que no se manifestó.

Parece una espina de pescado. Descabezada y sin cola bímembre.

Mira esa cubierta de Andrés Neuman, es la misma cicatriz,
alojada entre dos lunares que podrían ser los míos.

Cada viaje sin ti es una herida abierta; el viaje que no hicimos,

[una cicatriz.

No se libran del estigma los mapas, ahora que la moda es confiar

[en el instinto

y escucho en todas partes la palabra «intuición», como «energía»,
la horrible «resiliencia».

Yo no me acostumbro a nada.

Recuerdo un poema croata sobre la inadaptación,

no como concepto sino como palabra. *Neprilagođenost*.

NE

PRI

LA

GO

DE

NOST.

LO-LI-TA.

No se me da bien hablar sobre erotismo
y me pierdo en los lugares donde habito.

Yo sí necesito mapas
y un texto que dignifique el desapego a las heridas.

Te regalo el mapa mudo de una ciudad vacía, la herida infinita
[de un cuerpo inadaptado.

El sexo que no supe describir,
el vértigo posible del salto de página.